

Retrato de un día histórico: La Inauguración del presidente Barack Obama

Libby Haight

Coordinadora del proyecto “El derecho de acceso a la información y las políticas públicas para el campo”, de la Universidad de California, Santa Cruz

libbyhaight@gmail.com

El 20 de enero el mundo fue testigo de un día histórico: la toma de protesta de Barack Obama como presidente número 44 de Estados Unidos (EU). Con la mirada nacional e internacional en Washington, DC, según estimaciones oficiales reportadas en *The Washington Post*, un millón 800 mil personas acudieron al National Mall (su servidora fue una) para presenciar y sentirse parte de este acontecimiento memorable; fue el evento con mayor asistencia al Mall en la historia de la capital.

Para quienes no tuvimos posibilidad de conseguir un boleto para estar cerca del Capitolio en la toma de protesta, lo mejor que podíamos aspirar era llegar a un espacio con vista a una de las múltiples pantallas que se colocaron a lo largo del Mall. Había que salir temprano, porque todos los noticieros predecían que la asistencia rebasaría el espacio y que las medidas de seguridad dificultarían el acceso. De hecho, se estima que más de cuatro mil personas, aun con boletos y en fila para entrar, no pudieron llegar y se quedaron esperando en un túnel. El Washington Monument parecía ser un buen lugar para aterrizar, ya que era relativamente fácil su entrada y desde sus costados había buena vista de una pantalla.

No tardó mucho para que todo el espacio verde se llenara en este rincón del Mall. Llegó gente de todas partes de Estados Unidos y del mundo, muchas y muchos con su “Obamamanía” colocada en algún lugar (y aquí me refiero al gran mercantilismo que se dio con el imagen del señor, su familia y el logo de su campaña que estaban por todos lados en la capital, cosa que nunca había visto en relación a una figura política de EU).

Por fin empezaron a pasar las imágenes en la pantalla de los personajes que llegaban al escenario. El Mall casi temblaba con el gran “¡BUUUUUUUUUUU!” colectivo que se le gritaba a Bush cada que aparecía en pantalla. También se le cantaba, casi en ronda sincronizada, el “*la-la-la-la, hey-hey-hey, goodbye*”.

Prevalecía una enorme sensación de celebración colectiva, entusiasmo y emoción. Atestiguábamos la culminación de más de un año de campaña lleno de esperanza; la sed del cambio por fin se convertiría en realidad. Por lo tanto, no hubo una sola expresión “desagradable”, por lo menos no en mi alrededor. Estábamos allí para sentirnos parte de todo eso, no para provocar ni mucho menos.

El gran momento llegó. El juramento (que a nadie le pareció importar que no saliera perfecto, por lo menos no en ese momento) y las palabras de Barack Obama, entonces presidente de Estados Unidos. Fue impresionante el silencio que reinó para poderlo escuchar.

El ruido –gritos y aplausos– sólo se hizo presente en los momentos de clímax del discurso de Obama; la gente, emocionada, exclamaba frases de apoyo. Creo que hasta los más escépticos ante las posibilidades

que un solo hombre pueda cambiar el rumbo de la historia se contagiaron de la emoción y el optimismo, por el poder del discurso y lo vivido en estos momentos.

Cuando terminó todo, y concluido el hechizo de lo que vimos en pantalla, los presentes nos asombramos por la multitud a nuestro alrededor; no habíamos percibido cuántos éramos. Pero la emoción colectiva seguía viva y desfilamos muy, muy despacio para salir, ni un empujón nos dimos.

Eso nos permitió platicar con los demás, y reflexionar un poco sobre lo que acababa de pasar. Por fin Barack Obama es presidente de Estados Unidos. No sólo es “cualquier persona que no sea George W. Bush”. El presidente ahora es un hombre en el que muchos creen, en el que hemos colocado una esperanza impresionante, una responsabilidad casi imposible de dimensionar. Las expectativas puestas en él son difíciles de alcanzar. Por supuesto, la verdadera evaluación de su desempeño tendrá que basarse en los hechos sobre el camino. Pero por ahora lo que más importa es estar presente en este gran cambio en el gobierno de Estados Unidos, ser parte de esta gran historia que abre la oportunidad a Barack Obama.